

# ANGST

ADRIANA RIVA





COLECCIÓN PRIMEROS LIBROS

# ANGST

ADRIANA RIVA



TENEMOS LAS MÁQUINAS

Riva, Adriana

Angst / Adriana Riva. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tenemos las Máquinas, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3633-27-0

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

© Adriana Riva, 2017

© Tenemos las Máquinas, 2017, 2021

EDICIÓN

Julieta Mortati

DISEÑO

Julián Villagra

CORRECCIÓN

Martín Vittón

RETRATO DE CUBIERTA

Ana Carucci

EDITORIAL TENEMOS LAS MÁQUINAS

Av. Independencia 2765 (1225), Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

[tenemoslasmaquinas@gmail.com](mailto:tenemoslasmaquinas@gmail.com)

[www.tenemoslasmaquinas.com.ar](http://www.tenemoslasmaquinas.com.ar)

Hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

Conversión a formato digital: Libresque

*A Jacques*

*Dicen que cuando tenés un año de vida no  
sabés, no comprendés, pero incluso sin  
palabras debés adivinar que a tu alrededor  
ocurre algo de una gravedad inmensa, que la  
vida se está tambaleando, que nunca más habrá  
una seguridad real.*

EMMANUEL CARRÈRE

# Índice

Cubierta

Portada

Créditos

Dedicatoria

Epígrafe

Pimienta rosa

En quiebra

Cámara de aire

Malcrianza

Kokkola

Pollo frito

Flash

Turistas

La oruga

La mancha

Mensajes guardados

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la colección Primeros Libros

## Pimienta rosa

Cuando a papá le dieron el alta porque ya no había nada que hacer, les di las gracias a los médicos y les estreché una mano blanda. Después, bajé al restaurante del sanatorio y me atraganté con dos platos de ravioles con tuco. Mamá llegó un rato más tarde y se pidió un café que revolvió con una cucharita durante una eternidad. Se lo tomó helado, de un sorbo, y mientras le hacía señas al mozo para que le trajese la cuenta, me pidió que me ocupara de los arreglos del traslado. Ella ya no podía con nada.

Fueron pocas las semanas que papá aguantó consciente en casa, pero nunca me sentí tan cómoda con él como en esos días de sondas y gelatinas, en los que él no quería ver a nadie salvo a mamá y a mí, su única hija. Sus amigos llamaban a cada rato, pasaban a dejar cartas y ofrendas, pero tenían prohibida la entrada al cuarto del fondo, donde fermentaba un olor a remedio vencido y sopa de apio que encogía voluntades. Ninguno de ellos vio a papá postrado en una cama ortopédica, con los brazos cubiertos de puntos negros que parecían semillas de frutillas, las pupilas nubladas, la piel translúcida. Ese privilegio fue de mamá, de las enfermeras y mío. Y también de Cacho, un personaje

de ciento veinte kilos de carne que le hacía transfusiones escuchando cumbia en sus auriculares.

Cuando volvía de la redacción del diario, me sentaba en una silla al lado de la cama y papá me contaba cosas de su vida que jamás había escuchado. Novias que lo habían dejado sin razón. Navidades con obras de títeres y trineos de pasto. Casas en la playa que se inundaban de arena. En esas noches hacíamos juntos el último repaso antes de rendir en el más allá. Trataba de exprimir cada detalle de ese presente escurridizo, pero me entristecía saber que me iba a olvidar de todo, primero de los cuentos, después de él.

Haciendo uso de su cerebro con forma de escuadra, papá aprovechaba a veces mis visitas para intercalar historias con mandados. Me dijo dónde quería que pusiesen su féretro durante el velorio y me dictó uno de sus avisos fúnebres, que decía: “El capataz y el personal de San Carlos y El Otoño lamentan el fallecimiento de Eduardo Sebald y acompañan a la familia en este difícil momento”. Era un hombre al que le gustaba jugar al estanciero, usar en sus campos ponchos de vicuña y facones de plata, pararse en el llano imitando a un caudillo. Tiraba los dados con la seguridad de quien no los necesita y ese aviso fue su último autobombo.

Las veces que lo encontraba dormido, me quedaba con él hasta más tarde, identificando las voces que golpeaban la ventana. Escuchaba los rugidos de la avenida y el murmullo de los tilos bailando; los frenos oxidados del 67 que

patinaba en el asfalto de hielo y el ladrido rabioso del doberman del vecino. Detrás de esa sinfonía se alzaba la cadencia de su respiración forzada, que me obligaba a comerme las uñas mientras me caía por una barranca empinada de monstruos voraces. Antes de irme, le acariciaba el brazo. Tenía la piel suave y tirante de un delfín, y me preguntaba si siempre la habría tenido así.

Éramos una familia distante, papá, mamá y yo. De chica, antes de que saliesen al teatro, ellos entraban a la cocina donde yo cenaba en camisón sola, con Ramona o Gudelia, y me daban un beso en el pelo mojado. Mamá se adornaba de perlas y usaba unos vestidos que parecían de celofán, mientras papá, vestido de smoking, se ponía un perfume tan fuerte que durante años creí que eran la misma cosa, ese olor a pimienta rosa y él. Disfrazados de gala formaban una pareja ideal.

La noche antes de que perdiese el conocimiento, papá me entregó dos sobres blancos cerrados.

—Son cartas para que leas en mi entierro. No las abras hasta entonces.

Un sobre llevaba mi nombre, el otro decía “Funeral”.

—Papá...

—Y cuidate vos, petisa, dicen que afuera hace frío.

Nunca más volvió a hablar. A partir de ese día, sólo abrió la boca para dejar salir gemidos afónicos con ojos de sapo y yo me empecé a despabilar en la oscuridad. Prendía el velador y miraba el reloj.

Dos treinta y siete, tres y cincuenta, cuatro y cuarto. Eran horarios que memorizaba en busca de algún presagio, para que cuando me dijese que había muerto a las tres y cincuenta, pudiese responder “lo sé porque me desperté a esa hora”. Quería regar la muerte con polvo de hadas.

La tarde en que recibí la noticia estaba trabajando en un artículo sobre un chico muerto en una playa turca, que huía de la guerra. Cuando sonó el teléfono estaba en una tormenta de humo, concentrada en un juego de palabras. La pantalla indicaba “NÚMERO DESCONOCIDO”, mi casa.

—¡Vení urgente, urgente! Vení ahora. ¡Tenés que venir ahora!

Mamá tenía una voz desencajada, de horror. No se animó a decirme que papá había muerto. Yo tampoco le pregunté, no había mirado la hora en todo el día. Antes de irme, terminé la nota. Era una reacción rara, pero necesitaba cerrar frentes para no gotear.

Cuando llegué, las enfermeras me abrazaron. Eran dos y siempre llevaban el pelo atado. Ahora les caía suelto, no tenían necesidad de cuidar las apariencias y eso me molestó.

—Se nos fue, se nos fue —repetía una.

—¿Y mamá? —pregunté.

—Está con él.

Entré al cuarto y vi que las lágrimas habían marcado dos surcos bien claros en su cara maquillada. Parecía una bruja de un cuento encantando, de esas que asustan pero que uno igual no puede dejar de mirar.

—Está tan frío... Es increíble lo frío que está —me dijo mientras me agarraba del hombro.

Mamá y papá habían estado casados treinta y tres años, la mayoría para no lastimarme. Lo que en principio los había seducido hasta el altar, se había ido secando como una lasaña en la heladera. Ella igual lo quería. Papá había sido un amante ausente pero un marido responsable, y con el tiempo mamá había aprendido a no tomarse su matrimonio como algo demasiado personal. Sus batallas eran otras. Luchaba contra los prejuicios de los demás, prejuicios que ella había adoptado y alimentado con los años. “El infierno es uno mismo, Clara”, me decía cuando todavía fumaba, largando el humo de a nubes. La gente la adoraba. Cada mañana se vestía de lo que los demás creían que era. Sólo ella desconfiaba de sí misma.

Me acerqué a papá y le toqué la mano. Estaba helada, era cierto. El único muerto que había visto hasta entonces había sido un hombre tirado en la calle, con un pie desnudo y la cara tapada con una remera salpicada de sangre, junto a un policía que le daba pataditas en el brazo para corroborar su defunción. Yo también tuve ganas de empujarle el brazo a papá y cuando lo hice sentí que mis dedos se hundían en un cuerpo de plastilina.

Cuando me di vuelta, mamá se secaba las lágrimas con un pañuelo abollado, mirando hacia arriba para que no se le corriese más el rímel.

—Hay tanto para hacer, vamos a tener que repartir tareas. Vamos a necesitar un médico que certifique la

defunción.

—¿Quieres que llame a Logan o a Gutiérrez? —le pregunté.

—No, no, esos médicos son dos imbéciles, no saben nada. De esto hay que ocuparse; así como uno se ocupa de un casamiento, se ocupa de la muerte. Trámites, trámites. Voy a hablar con Naón, que estará gagá y medio ciego pero nos conoce de toda la vida. Los de la funeraria deberían llegar en un rato, los llamé primero. Y Gudelia salió a comprar masas y sándwiches. ¿Te parece que con eso estamos?

La luz dorada que se escurría por la ventana se empezó a apagar. Me desesperé un poco. Pensé en ponerme a hacer grullas con servilletas para los invitados, armar floreros blancos, militar su muerte a fondo en un ritual de cuarenta y nueve días, como había leído que eran las ceremonias fúnebres budistas. Porque si no, ¿cuánto duraba la muerte? ¿El preciso instante en que un corazón deja de latir?

—¿Y yo qué hago? —pregunté.

—Vos llamá a la gente, el velorio va a ser acá, a partir de las nueve de la noche.

Fui a la cocina, donde estaba el teléfono, y busqué en un cajón la lista de invitados de la fiesta sorpresa que le habíamos organizado a papá dos años atrás, cuando cumplió sesenta. Ahí estaban los nombres y números telefónicos que necesitaba.

Antes de empezar a llamar, me saqué las zapatillas y las medias, y me masajé los pies. Me gustaba apretarme los dedos blancos y húmedos como babosas.

Las llamadas eran un mantra de corrido. “Hola, soy Clara Sebald, la hija de Eduardo, llamaba para contarte que papá falleció hoy y que lo vamos a velar en casa a partir de las nueve de la noche, el entierro es mañana, en el Jardín del Descanso, a las diez treinta”. Aunque casi todos sabían que papá estaba enfermo, la gente se sorprendía igual. No te puedo creer, no te puede creer, repetían, como si fuese una mentirosa. Era una de esas frases para comprar tiempo. *¿Cuál es la capital de Kazajistán? ¿La capital de Kazajistán, dijo?* Después, casi todos decían que lamentaban la pérdida, “lo siento mucho, querida”, y me expresaban su cariño hacia papá, “lo quería tantísimo a tu padre”. Algunos se pasaban de la raya, como los chicos cuando aprenden a pintar.

—Ay, no me digas, no me digas. ¿De verdad me decís?

—... y, sí.

—¿Me podrías indicar cómo llegar al Jardín del Descanso?

—No, la verdad que no.

—¿Sabías que tu padre y yo tuvimos un romance a los dieciséis? Nada serio, cosa de niños.

—Ah, no, no sabía.

—¿Y qué van a hacer ahora con la casa?

—No sé. ¿Usted qué piensa hacer con la suya?

Me quebraba en las conversaciones. Cada vez que decía “... papá falleció hoy...”, mi voz se convertía en un pelo bien finito. Pero las llamadas me gustaban, no quería que terminasen nunca, así que cuando completé la lista agarré